

UN ARZOBISPO POETA: SAN EUGENIO II DE TOLEDO

RAMÓN GONZÁLVEZ RUIZ
Numerario

Hallándonos en el Museo de la Palabra de Quero, en una sesión que tiene carácter de velada literaria, me ha parecido conveniente optar por un escritor, no por uno cualquiera, sino por un artista de la palabra en su forma más acabada, por un poeta. Vamos, por tanto, a tratar de un poeta visigodo del siglo VII. Alguien se podría preguntar: Pero, ¿había poetas en aquel tiempo tan bárbaro, tan remoto, tan rudo, tan alejado de la literatura? Pues claro que había poetas y no era un tiempo tan atrasado como algunos suponen. Había lo que hay y habrá toda la vida: gente sin cultivar y gente altamente refinada. Ahí está el cancel de Quero para demostrar lo que los artistas de aquel tiempo eran capaces de hacer. Una sociedad que produce poetas es una sociedad humanizada, sensible y delicada, que tiene asegurada la supervivencia. Para los que profesan una cultura puramente lucrativa la poesía representa una excrecencia inútil para la vida. La importancia de ciertas cosas superfluas reside en la afirmación de la necesidad que experimentan los hombres de los valores situados en un orden superior. Como afirmó Jesús, «No solo de pan vive el hombre» (Mt., 4, 4).

El personaje que he elegido era no solo poeta, sino también un destacado musicólogo. Tampoco la música es imprescindible para vivir, pero sí lo es para una vida plenamente humana. Y ya que estamos en tierras de La Mancha, permitidme recordar el elogio de la música que Cervantes pone en boca de don Quijote

cuando dirigiéndose a su escudero le dice: «Donde hay música no puede haber cosa mala». Poesía y música combinan bien y forman un binomio terapéutico capaz de restañar muchas heridas del alma.

Hablaremos, pues, de un poeta, de un hombre que además conocía muy bien los resortes del arte musical, todo en uno, aunque hoy muy desconocido en su patria, Toledo, hay que reconocerlo.

Daremos unas breves pinceladas biográficas, suficientes para saber de quién estamos hablando y dedicaremos el mayor tiempo posible a su obra para poder descubrir por nosotros mismos la riqueza de su vida interior.

Había nacido Toledo y se llamaba Eugenio.

Sus padres acogieron el nacimiento del niño como una bendición de Dios y le pusieron por nombre Eugenio, *el Bien Nacido*. Probablemente pertenecían a la nobleza hispano-romana.

Para trazar su biografía, aparte de sus obras poéticas, disponemos de un extenso perfil biográfico redactado por Ildefonso de Toledo, su contemporáneo. Además nos quedan otras fuentes, como son algunas cartas, los textos de varios concilios y de referencias escritas por autores que le conocieron.

Enumeramos las principales fuentes que vamos a utilizar en este trabajo, todas escritas dentro de la segunda mitad del siglo VII. Son las siguientes: a) La semblanza, ya mencionada, que san Ildefonso, su sucesor en la sede, hizo de Eugenio en su obra *De Viris illustribus*; b) el testimonio de Julián de Toledo en su *Prognosticon futuri saeculi* sobre su maestro; y c) las referencias a Julián por Félix de Toledo, contenidas en su *Vita sancti Juliani*, única obra de este tercer autor.

En la segunda parte de este trabajo recurriremos a las obras poéticas de Eugenio. Leeremos algunos de sus poemas, para que podamos valorar la hondura de este artista de la palabra.

Su formación.

Eugenio ingresó de niño en la escuela catedralicia de Santa María de Toledo. Los padres, incluso los de la nobleza, considera-

ban un honor tener un miembro de la familia consagrado a la iglesia. La mayor parte de los escritores que destacaron en el siglo VII habían comenzado como niños de coro en catedrales y monasterios.

La elevada calidad literaria de su producción poética pone de manifiesto que tuvo que frecuentar una de las mejores escuelas que existían en la capital del reino, regentada por un maestro muy competente, cuyo nombre por desgracia nos es desconocido. El desarrollo que la vida cultural alcanzó en el Toledo del siglo VII así lo demuestra. Él no fue un caso aislado, sino uno más, muy destacado, evidentemente, dentro de la constelación de los hombres letrados de su tiempo. Un florecimiento cultural como el que advertimos en Toledo durante este tiempo es imposible de lograr a menos que en la ciudad haya funcionado un sistema escolar realmente eficiente¹⁴.

Por su parte, Eugenio estaba dotado de una extraordinaria sensibilidad para todas las manifestaciones del arte, especialmente para la música, arte muy afín a la poesía, como hemos subrayado. Ildefonso completa las noticias sobre su biografía diciendo que reformó la música de la iglesia y compuso melodías nuevas para el canto litúrgico. Su formación musical debió correr pareja con su educación general en su etapa formativa en la iglesia catedral.

En la catedral de Santa María cursó todo el itinerario educativo de las disciplinas que se impartían en su tiempo. En sus inicios, la educación estaba marcada por un adiestramiento muy centrado de la lengua latina, cuyo dominio se requería como base para el edificio del resto de la formación personal. Los autores clásicos latinos les eran bien conocidos a través de florilegios, así como la literatura cristiana latina. Los *Dísticos* de Catón, los textos bíblico-litúrgicos y las lecturas piadosas de los mártires alimentaban el vigor de vida interior. El conjunto se componía de los mismos tramos educativos que se han hecho universales: enseñanza primaria, media y superior, designados con otras denominaciones: la gramática latina de Donato y Prisciano (primaria), el *trivium* y el

¹⁴ José Orlandis, *La España Visigótica*, Madrid, 1997, pp. 63-83.

quadrivium (secundaria), la teología, el derecho canónico, la patristica y la Liturgia (superior). Según la constitución del Concilio II de Toledo del 527¹⁵, a los 18 años y en presencia del obispo, el alumno hacía una opción fundamental en su vida: optaba por el servicio a la iglesia, en cuyo caso continuaba su formación superior en la escuela o se incorporaba a la vida civil en la administración pública y en otros menesteres. Los que seguían estudiando culminaban su formación hacia los 24-25 años.

Julián de Toledo, obispo de la sede toledana (680-690), gran escritor como Eugenio, unos 25 años después del fallecimiento de Eugenio lo cita por dos veces con orgullo como «praeceptor noster» y también «egregii praeceptoris nostri Eugenii»¹⁶.

La biografía misma de Julián, compuesta por su sucesor Félix de Toledo (693-700/702) con el título de *Juliani Toletani Vita seu Elogium*, abunda en la mismas ideas, sin duda porque Julián hizo repetidas menciones elogiosas de quien le había formado. En la primera línea de su escrito Félix llama a Julián «discipulus Eugenii secundi» y a continuación añade que en su vida seguía el ejemplo de su preceptor («praeceptorem suum sequens»)¹⁷.

Por los mismos años en que Eugenio brillaba como formador de jóvenes ante los ojos de la sociedad toledana y de una corte real donde todas las noticias hallaban eco, se reunió en Toledo el concilio IV de Toledo (633), al que acudió un extraordinario número de obispos (66), prácticamente el episcopado hispano al completo, bajo la presidencia de san Isidoro de Sevilla. En este concilio se abordó una vez más el tema de la formación de los clérigos, y en esta línea la magna asamblea nos ha dejado diseñado el

¹⁵ Ramón González Ruiz, «Agde y Toledo en el siglo VI», en J. C. Rivière, J. P. Clos y J. Michaud (eds.), *Le Concile d'Agde et son Temps, 506-2006*, Montpellier, 2008, pp. 322-323.

¹⁶ *Juliani Prognosticon futuri saeculi*, en *Sancti Iuliani Toletanae sedis Episcopi Opera* (Ed. Hillgarth), Pars Prima, Turnholti, Brepols, 1976, pp. 92-93; también, en *Patrum Toletanorum Opera* (Ed. Lorenzana), vol. II, Madrid, 1785, pp. 58-59.

¹⁷ José Vives et alii (ed.), *Concilios Visigóticos e Hispano-Romanos*, Madrid, CSIC, 1963, p. 201 (traducción propia).

perfil ideal del perfecto educador apto para formar a la juventud que aspiraba a entrar al servicio de la iglesia. Lo encontramos en el canon 24, donde se establece que los jóvenes vivan en comunidad, «bajo el mismo techo, junto a la iglesia [catedral], confiados a algún anciano muy experimentado, a quien deben tener como maestro de la enseñanza y como modelo de vida». En estas palabras aparece perfectamente descrito el cometido del maestro como responsable de lo que hoy entendemos como formación integral. Las clases impartidas por este tipo de preceptores no se limitaban a la vertiente académica, a la pura transmisión de los saberes -que, ciertamente, constituía una parte sustancial de la enseñanza-, sino también al robustecimiento del carácter personal, a la práctica de la ascética cristiana, a la disciplina de las costumbres, a la formación sobrenatural por medio de la oración y de las virtudes, así como a la preparación para el ejercicio del ministerio eclesiástico, tomando al propio maestro como modelo de vida. En su itinerario formativo el educando estaba acompañado permanentemente por la figura del maestro, al que con más propiedad habría que llamar *pedagogo*, es decir, acompañante de niños y jóvenes en el proceso de su maduración educativa. Estos sentían por el maestro tal veneración que lo consideraban como su segundo padre, tradición que venía de las escuelas hipocráticas griegas y que el cristianismo incorporó en su sistema escolar por coherencia con la fe.

Eugenio completó sus estudios con tal brillantez que, al final, después de haber optado por la vocación eclesiástica, fue elegido profesor y director del centro educativo. La vocación por la educación de niños y jóvenes fue una dimensión esencial en la vida del maestro toledano. Encarnó el prototipo del educador de su tiempo, como lo demuestra el hecho de que su persona y su labor despertaran la admiración de quienes tuvieron la fortuna de haber sido sus discípulos.

En el papel de educador de la juventud consumió muchos años de su vida. Su fama traspasó los muros de la catedral y el aprecio

por su maestro llegó a ser motivo de conversación en los ambientes cortesanos.

Su biógrafo Ildelfonso de Toledo dice de que él que, transcurridos muchos años, fue elegido como «clérigo egregio de la iglesia real», es decir, que Eugenio, ya en la plenitud de su vida e invitado por quien tenía poder para ello, cambió de iglesia, dejando de prestar sus servicios en la catedral de Santa María en el centro de la ciudad para prestarlos en la iglesia regia, es decir, en la iglesia del palacio real.

En el paraje extramuros que los concilios llaman *suburbio toletano*, hoy conocido como Vega Baja, los reyes visigodos impulsaron ya desde fines del siglo VI la creación de un potente conjunto urbanístico en continuidad con la zona romana monumental, el cual comprendía un amplio complejo palatino que la monarquía planificó como lugar de residencia, no sabemos si permanente, para afirmar el poder del estado. Es probable que fuera Leovigildo mismo quien promovió dicho complejo palaciego en el paraje mencionado, cercano al cauce del río. La parte más noble, designada en las fuentes históricas como *pretorio*, fue elegida para mansión de la familia real con sus numerosos empleados domésticos y esclavos, diversas oficinas de la administración del gobierno, caballerizas, casernas para los *fideles regis* o guardia personal del monarca y otras muchas dependencias necesarias para la vida de la familia real y de la corte. Pronto se comenzó a edificar un templo que las mismas fuentes designan como *Basilica Pretorienne*, siguiendo el modelo imperial bizantino, en la cual se celebraron varios concilios nacionales. A esa iglesia regia, muy vinculada al ejército visigodo y administrada eclesiásticamente por un equipo selecto de clérigos jerarquizados, en la que se celebraban las ceremonias oficiales de la monarquía, fue destinado Eugenio de Toledo por el rey Chindasvinto, no mucho después de su ascenso al trono en el año 642. Su paso de la iglesia catedral de Santa María a la capilla palatina supuso una indiscutible promoción, debida a sus excepcionales dotes personales como maestro, un cargo ape-

tecido evidentemente por muchos clérigos de la ciudad. Es muy probable que además de desempeñar en ella las funciones litúrgicas continuara ejerciendo también la tarea de formador de jóvenes, esta vez no ya de aspirantes a la clerecía, sino de los hijos del rey y de los nobles próximos a la persona real.

La capilla real adquirió tal prestigio después de la muerte de Eugenio que el rey Wamba puso a la comunidad de los clérigos bajo la autoridad de un obispo. La medida pareció desorbitada, dado que la capilla no tenía rango catedralicio y su obispo carecía de diócesis, por lo que después sería anulada como anticanónica.

Instalado Eugenio en su nuevo cargo, sin dejar de pertenecer al clero diocesano, pasó a formar parte de una corporación de clérigos al servicio de la Basílica Pretoriense. En ella están fechadas las actas del concilio VIII de Toledo del 653, celebrado durante el pontificado de Eugenio II. Todo hace pensar que la construcción del gran templo dedicado a los Apóstoles Pedro y Pablo dentro del complejo cortesano no haría mucho tiempo que había sido rematada, y Recesvinto, recién ascendido al trono, lo escogió para el uso de los padres conciliares como un gesto de magnanimidad.

Parece que Eugenio entró al servicio de Chindasvinto con motivo de la inauguración de la nueva Basílica Pretoriense. La corporación de clérigos de la nueva iglesia regia debió ser reorganizada por el rey al tiempo que fue inaugurado el nuevo edificio sagrado. Esta capilla real renovada debió de comenzar su andadura en los primeros años del reinado de aquel duro monarca que pretendía renovar el reino desde sus cimientos. Junto con Eugenio serían tal vez elegidos otros nombres del clero diocesano para hacerse cargo de las funciones que les competían.

Al frente de la capilla se puso a un eclesiástico de alto rango, denominado *primicerius*, con funciones de superior jerárquico.

¿Qué papel desempeñó Eugenio con motivo de su ingreso en la corporación? ¿Tal vez la de primicerio? ¿Tal vez la de maestro de la escuela palatina? Ambas funciones parecen igualmente posibles y hasta puede que fueran compatibles. San Ildefonso aplicó

a su antecesor el apelativo de «clericus egregius», calificativo que puede servir para encarecer su talento o para referirse a dichas funciones por separado o a la vez.

La enseñanza era el ministerio sagrado para el cual estaba mejor preparado, como lo había demostrado desplegando su vocación y su capacidad en la escuela catedralicia.

Relación con la corte.

Eugenio floreció en los tiempos de los reyes Chindasvinto (642-653) y Recesvinto (649, asociado al trono, 653-672, solo). Dice san Ildefonso:

«Hic cum ecclesiae regiae clericus esset egregius vitam monachi delectatus est. Qui sagaci fuga urbem Caesaraugustanam petens illic martyrum sepulcris inhaesit, ibique studium sapientiae et propositum monachi decenter incoluit...»¹⁸.

Me parece que esta frase no ha sido bien traducida y, por tanto, no ha sido bien entendida. La autora de la edición crítica del libro de san Ildefonso que acabamos de citar reproduce una versión de juventud de Rivera Recio que creo equivocada, pues traduce la palabra «regia» como iglesia catedral, y la catedral de Santa María de Toledo nunca desempeñó funciones de iglesia de la monarquía. Propongo una versión más ajustada al pensamiento del biógrafo:

«Él [=Eugenio] siendo un clérigo egregio de la iglesia regia, sintió el atractivo de la vida monacal y encaminándose a la ciudad de Zaragoza en una sagaz huida, allí se puso al servicio de los sepulcros de los mártires y allí irrepudablemente cumplió su deseo de cultivar la sabiduría y su propósito de hacerse monje».

Ildefonso asegura que la huida de Toledo tuvo lugar «siendo un egregio clérigo en la iglesia regia», es decir, mientras desempeñaba un cargo de la máxima confianza en la corte de Toledo al servicio del rey. Por tanto, la fuga implicó el abandono de este cargo.

¹⁸ Carmen Codoñer, *El «De uiris illustribus» de Ildefonso de Toledo. Estudio y edición crítica*, Salamanca, Acta Salmanticensia, 192, p. 132. Edición reproducida en *Ildefonsi Episcopi Toletani Opera* (Ed. Valeriano Yarza Urquiola), Turnholt, Brepols, 2007.

Como lo pensó, así llevó a cabo su plan. San Ildefonso describe su desaparición de la ciudad como una fuga. Una fuga siempre es una huida de un peligro o de algo que desagrade. Una fuga nunca se realiza de forma clamorosa, a la vista de todos, sino a escondidas. El adjetivo que le pone san Ildefonso es muy sugerente: una fuga «sagaz», es decir, inteligente, bien estudiada, cautelosa, rodeada de muchas precauciones. Este es el sentido que tiene la palabra sagaz en el vocabulario de Eugenio de Toledo¹⁹.

Así que, encubriendo su propósito, un buen día emprendió su viaje sin decir nada a nadie y sin ser advertido, aprovechando tal vez un período propicio del año. Dejaba atrás abandonados sus puestos de clérigo de la iglesia de Toledo, el de maestro de la escuela palatina y hasta quizás el de primicerio de la capilla real. Cuando en Toledo quisieron darse cuenta ya había puesto tierra de por medio. Buscó la ciudad de Zaragoza, que tal vez conociera, y se puso al servicio de la iglesia de los mártires de la ciudad, a los que admiraba, llevando, dice san Ildefonso, vida de monje. Inició una nueva etapa de su vida y, también según el mismo biógrafo, comenzó a dedicarse de modo irrefragable al estudio de la sabiduría y a la práctica de la espiritualidad en el retiro monacal. Habría sido un momento feliz de su vida, que aprovechó para profundizar en su formación y en el progreso de su mundo interior.

Su marcha a Zaragoza suponía también el abandono de su oficio ministerial en la basílica palatina y este hecho podía ser interpretado de forma sesgada como un acto de menosprecio al servicio del rey. Haberlo realizado sin dar una explicación y sin contar con la autorización de alguien superior causaba sorpresa general. Alegar que buscaba la vida monástica, sin embargo, constituía la coartada perfecta, porque en aquel tiempo se entendía que con la huida del mundo buscaba en el monasterio una

¹⁹ Así en su poema *Heptameron in primordio mundi*, donde aparece la expresión «homines sagaces» en contraposición a los demás seres de la creación, no dotados de inteligencia. Cf. *Evgenii Toletani Episcopi Opera Omnia* (Ed. Alberto), Corpvs Christianorum, Series Latina, vol. CXIV, p. 252.

vida de mayor perfección espiritual y eso justificaba su brusca desaparición de la sociedad toledana.

En realidad, Eugenio huyó por miedo a las brutales medidas del monarca respecto de muchos clérigos y laicos desertores y refugiados lejos de la capital que él creía traidores a la patria, al rey y a la gente de los godos. Basta leer las escalofriantes medidas tomadas contra ellos en el extenso canon I del concilio VII de Toledo del 646²⁰. Eugenio no admiraba a Chindasvinto, más bien le repugnaba, como demuestra el epitafio compuesto para su sepulcro, pero él personalmente no es posible que hubiera incurrido en ninguno de los delitos castigados severamente en el concilio.

No consta en qué momento preciso tuvo lugar esta huida ni cuánto duró su estancia en la ciudad del Ebro. Presumiblemente habría ocurrido el año anterior a su elevación al episcopado, es decir, en el 645 o incluso en los comienzos del 646. Su estancia en Zaragoza no pudo ser muy prolongada, tal vez solo de meses, porque quien decidía con autoridad en las cosas del reino no iba a tardar en reclamar imperiosamente su regreso a Toledo.

Con Braulio en Zaragoza.

¿Qué hizo Eugenio durante su permanencia en Zaragoza? La única información procede de san Ildefonso, el cual en unas frases generales, un poco tópicas, asegura que cumplió dignamente con el ideal monástico viviendo junto a los sepulcros de los mártires, pero tengo la sospecha de que san Ildefonso no disponía de información de primera mano en este punto o se limitó a transmitir la opinión divulgada entre la gente, mientras que los verdaderos motivos solo los conocía de verdad el que protagonizó el episodio de la huida.

De todas formas, las palabras de su biógrafo nos llevan directamente al monasterio de Santa Engracia, donde vivía una comunidad de monjes dedicados a promover el culto de dicha

²⁰ Vives, *Concilios Visigóticos*, pp. 249-263.

santa y de los 18 Mártires de Zaragoza, llamados comúnmente *los Innumerables*.

A Eugenio le sorprendió la basílica y le dedicó un poema. ¿Se hizo monje en este cenobio el clérigo toledano? No lo parece, porque allí estuvo muy poco tiempo. Yo creo que no como monje ni aspirante a monje, sino como acogido temporalmente por la comunidad en calidad de huésped.

Su personalidad y su carácter de clérigo diocesano le ponían en línea sucesoria en la nueva diócesis. Eso fue lo que movió a su amigo Braulio, que ya se sentía muy anciano, a promoverle a la dignidad arcedianal. En el prólogo de su *Vita Sancti Emiliani* cita con elogio a «mi hijo Eugenio diácono».

Del aprecio que el obispo sentía por Eugenio pueden dar testimonio unas palabras del prólogo, cuando afirma que «en todas mis decisiones y pensamientos sigo su consejo»²¹. Evidentemente le estaba preparando para que fuese su sucesor en la sede cesaraugustana. Por ese motivo le nombró arcediano, lo cual indica que no se hizo monje y que la noticia sobre su ingreso en un monasterio transmitida por san Ildefonso hay que tomarla con cautela en el sentido de que se propagó para ocultar la realidad de su fuga bajo otras apariencias. Eso mismo se confirma por la conducta de Chindasvinto cuando lo llama para que retorne a Toledo. El rey sabía perfectamente dónde se ocultaba y a quién tenía que dirigirse para hacerle volver. No se dirige al abad de un monasterio, sino al obispo Braulio, que le había acogido bajo su protección.

A pesar de que en Zaragoza Eugenio estuvo comprometido en el gobierno de la diócesis por su cargo de arcediano, su inspiración poética no le abandonó. Y fuera cuando estuvo acogido al monasterio de Santa Engracia o cuando fue elevado al arcedianato, sacó tiempo para componer algunos poemas que forman parte de conjunto de sus *Carmina*. A ellos hay que añadir el dedicado a

²¹ *Sancti Braulionis Caesaraugustani episcopi Vita S. Emiliani*. Edición crítica por Luis Vázquez de Parga, Madrid, 1943, p. 6. Estas son las palabras textuales: «filio meo Eugenio diacono... cuius in omnibus consiliis cogitationibusque meis teneo animum».

la basílica de San Millán y el epitafio de Juan, obispo de Zaragoza, hermano y antecesor de san Braulio.

La llamada a Toledo.

Pero el hombre propone y Dios dispone. En el año 646 llegaron a Zaragoza, en sendas comunicaciones procedentes de la corte real de Toledo, dos noticias oficiales que afectaron a Braulio y a Eugenio. En primer lugar, la convocatoria de un nuevo concilio nacional en Toledo cuya apertura quedaba fijada para el 18 de octubre de aquel mismo año. En la Hispania visigoda se había introducido la práctica de que cada vez que se producía un cambio en la jefatura del reino, si se había originado con violencia o por procedimientos irregulares, se necesitaba convocar un concilio nacional para que con su autoridad regularizase la nueva situación.

La segunda noticia fue más apremiante, más tardía, y afectaba a Eugenio y a Braulio. Chindasvinto reclamaba con urgencia la presencia de Eugenio en Toledo porque en la ciudad regia se había producido de forma inesperada el fallecimiento del metropolitano Eugenio I cuando faltaban apenas dos meses para la iniciación del concilio y el rey lo quería para que ocupase la sede toledana.

Chindasvinto no había olvidado al antiguo «egregio clérigo de la iglesia regia» y actuó con la máxima urgencia, porque pretendía que la iglesia de Toledo no estuviera vacante cuando fuese inaugurado el inminente concilio. Así se lo hizo saber a Braulio en una carta urgente. Éste escribió una emocionada respuesta a la carta del rey (una *sugerencia* o *súplica*, dice el texto), haciéndole ver su lamentable estado de salud, pues estaba debilitado de visión, escaso de fuerzas, flaco de mente, por lo cual rogaba con todas sus fuerzas que no separase de su lado al que era «pars animae meae» («la mitad de mi alma»), el consuelo de su vida («erat mihi utcunque huius vitae solamen»=«era para mí el único consuelo de mi vida»), para terminar diciendo que Eugenio era muy necesario en Zaragoza, pues él «ya nada podía» («ego nihil iam valeo») y que ruega a Dios haga ver al soberano que no hay que despojar a

una iglesia para enriquecer a otra. Braulio tenía previsto que Eugenio fuera su sucesor y que el monarca cediera. El rey le respondió con otra carta laudatoria, pero firme, haciendo saber a Braulio cuánto deseaba que aquel que es oriundo de la ciudad de Toledo viniese a ser consagrado como su vigilante pastor. La respuesta de Braulio fue que a pesar de que aún mantenía un hilo de esperanza, accedía a que se desgarrara el vínculo que unía a Eugenio con la iglesia de Zaragoza y con él mismo y que ya lo había enviado a la presencia del rey²². Braulio cedió, pero dejó bien clara la estima que sentía por el amigo que se le arrancaba por la fuerza. Es significativo que en las cartas del rey al obispo de Zaragoza no se haga alusión alguna a la «fuga» del clérigo toledano ni su acogida por el obispo de aquella ciudad. No sabemos lo que opinaría Chindasvinto en su interior sobre la persona de Eugenio, pero el hecho de promoverlo a Toledo con tanto interés excluye cualquier posibilidad de que lo considerara un enemigo.

Una intensa correspondencia epistolar entre Toledo y Zaragoza se cruzó en el término de poco más de un mes con una inusitada celeridad. La voluntad del rey se cumplió, de modo que unos días antes del comienzo del concilio, Eugenio arribado a Toledo, fue ordenado primero de presbítero y después de obispo por parte de los sufragáneos. Esto sucedió en la primera quincena del mes de octubre del 646. De este modo pudo asistir y figurar entre los metropolitanos que firmaron las actas del concilio toledano VII.

San Ildefonso describe todo lo relativo a la promoción de Eugenio a la sede de Toledo con una palabra escueta, pero significativa: a Eugenio se le ordenó regresar a Toledo por la «violencia del príncipe» («principali violentia», por imposición del rey), para ponerle al frente de la iglesia metropolitana. Si entre ambos personajes había habido algún distanciamiento con motivo de la fuga de Eugenio, por parte del rey todo había quedado cancelado.

²² Flórez, ES XXX (ed. Lazcano), Guadarrama, 2008, pp. 371-373.

Chindasvinto no sólo lo escogió para metropolitano de Toledo, sino que le obligó a aceptar. No entramos aquí en más datos sobre su pontificado toledano.

Su obra poética.

Es indudable que Eugenio se sentía, sobre todo, poeta. Antes de morir recogió toda su obra y la publicó en un «*Libellus carminum*», un librito de poemas. Ha sido publicada en varias ediciones, la última edición acompañada de un espléndido aparato crítico y hasta ha sido traducida al completo a un idioma moderno²³.

Omitimos los aspectos que no encajan en el fin de este trabajo.

En su época estaba muy extendido el género poético de los epitafios. Eugenio compuso algunos para sí mismo. Otros los dedicó al obispo Juan de Zaragoza, al rey Chindasvinto, a la reina Recibergera y a algunas personas particulares.

He aquí un epitafio dedicado a una mujer llamada Basilla²⁴:

*Esparce rosas, lector, y pon encima cándidos lirios,
Venera con devoción este lugar sagrado.
Aquí reposa la amada de Dios Basilla,
noble por su linaje y más noble aún por sus méritos,
Engalanada con la joya de sus virtudes y la flor de sus buenas obras.
Imítala, te ruego, si quieres alcanzar la perfección.*

Muy estimados fueron también los poemas dedicados a las basílicas de los santos. Estando en Toledo compuso el dedicado a la basílica de San Félix de Totanes, en el que nos da noticias puntuales sobre el piadoso matrimonio cristiano que empleó su fortuna en la erección de la basílica y del hospital adjunto en el pequeño pueblo actual del mismo nombre. Poemas a las basílicas de los santos de Zaragoza salieron también de su pluma.

²³ P. T. J. Cubeddu, *Eugenio da Toledo, Carmina*. Introduzione e traduzione a cura di Paola, s.l., Sassari, 1983, pp. 55-58; P. T. J. Cubeddu, *Eugenii Toletani episcopi Dubia et Spuria*. Introduzione e traduzione, Sassari, 1984. Esta profesora italiana es la primera persona que ha traducido la obra poética completa de Eugenio al italiano moderno.

²⁴ *Eugenii Toletani Opera*, núm. 23, p. 240.

Damos la versión del poema dedicado a la basílica de san Félix de Totanés²⁵:

*Esta es la casa del Señor que conduce a las moradas del cielo.
Hombres de corazón afligido, apresuraos a venir aquí.
Cambiará lutos en gozos y regresará contento
Quien triste y lloroso derrame aquí sus plegarias.
Esta puerta del templo se apoya en cuatro títulos,
Pero san Félix ocupa el puesto más alto.
Aquí les espera el reposo a los cansados, el pan a los pobres.
Aquí reside el sagrado rebaño de los monjes piadosos.
Este edificio mandó construir Eterio junto con su amada esposa,
La que tuvo por nombre Teudesinda.
Tú, que vienes a rezar, quienquiera que seas, acuérdate de ellos,
Así el Padre todopoderoso se acordará también de ti.*

Unos cuantos poemas tratan del tema del desengaño del mundo, como son los que vienen, uno tras otro, con los epígrafes tan significativos de: *Commonitio mortalitatis humanae* (Amonestación sobre la mortalidad humana), *De mentis humanae mutabilitate* (La variabilidad de la mente humana), *De brevitae huius vitae* (La brevedad de esta vida), *Quaerimonia aegritudinis propriae* (La queja de la enfermedad propia), *Lamentum de adventu propriae senectutis* (Lamento de la llegada de la propia ancianidad) y algunos más, todos ellos cargados de fuerte sentido de desengaño.

De los poemas que siguen, en razón de su brevedad, ofrecemos un texto bilingüe. Damos un ejemplo breve con la versión de la *Commonitio mortalitatis humanae*²⁶:

«O mortalis homo, mortis reminiscere casus:
Nil pecude distas, si tantum prospera captas.
Omnia quae cernis vanarum gaudia rerum
Umbra velut tenuis veloci fine recedunt»

*Oh, hombre mortal, recuerda los azares de la muerte:
En nada te distingues del ganado, si solo anhelas las cosas materiales.
Todos los goces de las realidades vacías que contemplas
Pasan velozmente como una leve sombra.*

²⁵ *Eugenii Toletani Opera*, núm. 13, p. 225.

²⁶ *Eugenii Toletani Opera*, núm. 32, p. 47.

Numerosos son los poemas que desarrollan temas de historia natural, de las aves y de otros animales. Son bellísimos los cuatro dedicados al ruiseñor (ave llamada por él *Filomela*, amante del canto). Reproduzco uno que lleva por título *Dialogon tetrasticon*²⁷:

«Dic, philomela, velis cur noctem vincere cantu?
 Ne noceat ovis vis inimica meis.
 Dic age, num cantu poteris repellere pestem?
 Aut possim aut nequeam, me vigilare iuvat».

*Dime, ruiseñor, ¿por qué te empeñas en vencer a la noche con tu canto?
 Para que la fuerza del enemigo no haga daño a mis ovejas.
 Dime, por favor, ¿podrás alejar con tu canto a la peste?
 Pueda o no pueda yo, me ayuda a estar vigilante.*

Es difícil interpretar el sentido de este poemita, construido en forma dialogada. ¿Quiénes sostienen el diálogo? ¿El ruiseñor y un pastor en el monte? ¿O el ruiseñor y un obispo pastor de almas? San Eugenio lo ha dejado en el aire. Cada uno puede opinar.

Además del ruiseñor, san Eugenio tiene pequeños poemas dedicados al ave fénix, al halcón, a la golondrina, a la tórtola, a las aves parleras, a los pececillos. Y otros más al hielo, al imán, al espejo, al salero, a un broche femenino, a los vientos, a las cuatro estaciones del año, a los sentidos corporales. Un buen grupo de ellos se inscriben en la órbita de los *Disticha Catonis*, de fuerte contenido moral. He aquí algunos ejemplos también en versión bilingüe²⁸:

«Coniugis et nati vitia vix nosse valemus
 Quodque domi geritur postremi nosse solemus».

*Apenas somos capaces de conocer los vicios de la esposa y del hijo
 Y lo que en casa sucede somos los últimos en enterarnos.*

He aquí otro ejemplo²⁹:

²⁷ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 2, p. 207.

²⁸ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 84, p. 270.

²⁹ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 84, p. 283.

«Pane suo vivens, aliena negocia supplens
Iste sanus aeger est».

*El que sobrevive con un mendrugo y se ocupa en arreglar los problemas ajenos
Ese sano enfermo está.*

Finalmente, esta joya de alto valor teológico, compuesta de un solo verso³⁰:

«Recta fides sensum pandit, non credere claudit».

La fe recta abre el entendimiento, la increencia lo cierra.

El perfil psicossomático de Eugenio y sus obras.

En este apartado intentamos presentar su fisonomía de hombre en sus aspectos corporal, espiritual y cultural utilizando un testimonios histórico y sus poemas. Quien le conocía muy bien nos dejó un retrato literario con gran economía de palabras. Dice san Ildefonso³¹:

«Vitam plus virtutum meritis quam viribus egit. Fuit namque corpore tenuis, parvus robore, sed valide fervescens spiritus virtute, studiorum bonorum vim persequens».

Traducimos de la siguiente manera: «*Pasó su vida apoyándose más en los méritos de sus virtudes que en sus propias fuerzas. Pues fue pequeño de cuerpo, escaso de fuerzas, pero muy ardoroso con el poder de su espíritu, siempre buscando el impulso de los buenos estudios*».

San Ildefonso acentúa el contraste entre su apariencia física, flaca y enfermiza, y su vertiente espiritual, robusta y vigorosa, subrayando que lo que tenía de falta de fuerzas corporales lo compensaba con la fortaleza de sus virtudes. El antagonismo entre su cuerpo y su espíritu, entre su aspecto exterior y su reciedumbre interior debía ser el comentario que más frecuentemente

³⁰ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 86, p. 271.

³¹ San Ildefonso, *De viris illustribus* (Ed. Codoñer), en *Evgenii Toletani Opera Omnia* (Ed. Alberto), p. 615, lín. 195-199.

aparecía en la boca de quienes lo conocieron: lo que la naturaleza le había dado con mezquindad contrastaba con la energía que brotaba de su profunda vida interior.

Con la ayuda de este testimonio y las alusiones contenidas en sus poemas deducimos que fue persona de débil complejión natural, menudo de cuerpo. Su naturaleza frágil, enfermiza y enclenque, estaba escasamente dotada de fuerzas físicas para hacer frente a la enfermedad, pero su cuerpo estaba habitado por un alma gigante. A pesar de todo, asegura san Ildefonso que su resistencia se manifestaba en el hecho de que con el apoyo de su espíritu fervoroso siempre mantuvo una gran entereza en el seguimiento de sus buenos propósitos en la vía de la perfección espiritual. Los pocos datos transmitidos por su biógrafo nos invitan a imaginarlo como un hombre de mediana o escasa estatura, enjuto de carnes, de poco comer y menos dormir, resultado tal vez de una frágil herencia genética y de alguna dolencia que se le habría hecho crónica.

Sus escritos corroboran esta impresión. Quizás fuera una persona tendente a la melancolía, sustentada en una flaca naturaleza. Sólo le mantenían en pie los recursos procedentes de su fe profunda en Dios. Él era un poeta lírico que exteriorizaba con mucha frecuencia los pensamientos de su mente y los afectos de su corazón. El poema *Quaerimonia aegritudinis propriae* arranca con un grito de angustia y termina en una súplica confiada. Ofrecemos los dos primeros versos y los dos últimos³²:

«Vae mihi, vae misero, qui semper fessus anhelō
Et fractus animo languida membra traho...
Da, Christe, quaeso, veniam, da, Christe, medelam
Nam taedet animum tot mala ferre simul».

*Ay de mí, ay de mí, miserable, que siempre cansado suspiro
Y con el ánimo roto arrastro los miembros extenuados...
Dame, oh Cristo, te ruego, el perdón, dame, oh Cristo, el remedio,
Pues acongoja mi ánimo el soportar tantos males a un tiempo.*

³² *Evgenii Toletani Opera*, núm. 13, p. 226.

Si hay un concepto por el que siente preferencia para definirse a sí mismo ese es el de su pequeñez. Le brota espontáneamente el sentimiento de la humildad, de la poquedad de su ser. Tiene conciencia de sus limitaciones y esto lo manifiesta constantemente con un adjetivo predilecto con que se describe preferentemente: *miserable, pobrecillo*. Cuatro epitafios nada menos compuso para sí mismo Eugenio, alguno de ellos tal vez siendo ya obispo, de los que ninguno consta que fuera grabado en la cubierta de su sepultura. El más elaborado desde el punto de vista formal fue un epitafio con doble acróstico inicial y final, que constituye por su parte todo un alarde del dominio de la técnica compositiva, con dos palabras latinas que leídas verticalmente dan el sintagma «EUGENIUS MISELLUS», es decir, *Eugenio miserable*. Teniendo en cuenta el diminutivo de *misellus* que emplea, quizás habría que acuñar en el castellano el neologismo de *miserabilillo* para compendiar todo su significado.

En el segundo verso de su *Oratio ad Deum*³³ aparece la expresión: «Quod ego miser Eugenius posco, tu perface clemens», que traducido diría poco más o menos: «*Lo que yo el miserable Eugenio imploro, tu llévalo a efecto por tu clemencia*».

El largo poema *Lamentum de adventu propriae senectutis*³⁴ termina con esta súplica a Dios: «Eugenii miseri sit rogo paena levis»=*Para el miserable Eugenio solicito que la pena le sea ligera*.

El cuarto epitafio preparado para su propia tumba concluye con este ruego acogándose a la bondad divina³⁵: «Eugenii miseri tu miserere pie»=*Tú, piadoso, ten misericordia de Eugenio, el miserable*.

Otros sinónimos equivalentes le vienen a la pluma con extrema espontaneidad. En la dedicatoria de un poema al presbítero Eusicio³⁶ se dirige del modo siguiente: «Eugenius vilis et exi-

³³ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 1, p. 205.

³⁴ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 14, p. 231.

³⁵ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 19, p. 235.

³⁶ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 97, p. 274.

guus»=*Eugenio vil y pequeño*. El *Praefatio ad Dracontium* termina en el último verso³⁷: «*Parvulus Eugenius*»=*Eugenio el pequeñito*. Y en *Monostica recapitulationis septem dierum*³⁸, con que se termina el trabajo hecho a instancias del rey y dirigiéndose a él, le dedica la obra con este verso final: «*Servulus Eugenius devota mente dicavi*»=*Yo Eugenio el esclavito te lo dedico con rendida adhesión*.

Es evidente que Eugenio tiene de sí mismo un concepto que le impulsa a relacionarse con las ideas de miseria, con la pequeñez, con el niño pequeño, con el *siervecito*. Ese sentimiento se acentúa más aún cuando utiliza los diminutivos latinos. Inevitablemente viene a la mente el recuerdo de la atrayente figura de un santo muy posterior a él, a quien solemos llamar el *Poverello de Asís*, el cual también era poeta.

A pesar del bajo concepto que Eugenio tenía de sí mismo frente a Dios y frente a los hombres, no era una persona que pudiéramos llamar apocada. Su talento le había llevado a brillar entre sus contemporáneos, los puestos de relieve que le encomendaron sus superiores le mantenían en un escaparate permanente y el colmo fue ya cuando Chindasvinto le fichó como maestro para la escuela cortesana, desde la cual se preveía un ascenso todavía más alto en la jerarquía de la Iglesia.

Cuando dio a la luz pública su poemario le antepuso un prefacio dirigido al futuro lector³⁹. No estaba seguro de cómo iba a ser recibido por los lectores, pero presentía que algunos le iban a criticar con dureza y otros lo iban a acoger con benevolencia. Por ese motivo, dividió el prefacio en dos mitades iguales. En la primera se enfrenta con el émulo envidioso, el que iba a mirar al libro con ojos torvos, entrecejo ceñudo y nariz sarcástica, el que con seguridad iba a sentir tristeza por los bienes ajenos. ¿Tal vez tenía *in mente* a algunos de sus colegas profesores en otras escuelas de Toledo? Sospechaba que en alguno de ellos podían surgir el

³⁷ *Evgenii Toletani Opera*, p. 328, lín. 25.

³⁸ *Evgenii Toletani Opera*, p. 390, lín. 35.

³⁹ *Evgenii Toletani Opera*, p. 203.

menosprecio, la calumnia y la emulación por el autor y por la obra. Él no era tonto y se percató de que podría haber alguno de su gremio de poetas al que su persona no le caía simpática. Pues bien, a ese lector comido por la envidia, le dedica Eugenio una frase llena de energía, repetida dos veces dentro del mismo verso, en que el Eugenio pequeño y miserable le asegura:

«Non pavet Eugenius, non pavet Eugenius»=*Eugenio no te tiene miedo, Eugenio no te tiene miedo.*

Después de una afirmación tan rotunda, la invectiva prosigue con estos versos retadores:

*Envidioso, cesa ya, cesa ya, pérfido, cesa.
Que esto, créeme, aprovecha a tu alma.
Pero si la palidez [de la envidia] te golpea, escucha:
Ni a mí me dañás, ni a ti te aprovecha”..*

Las frases demuestran que Eugenio estaba bien seguro de la calidad de su obra poética y que en este campo no se sentía en condiciones de inferioridad frente a sus émulo.

Su vivencia de fe.

Una parte importante de su creación poética está inspirada en sus vivencias personales de la fe cristiana. Se puede decir que la fe es algo natural en él. No se queda en los tópicos comunes de otros autores, porque lo que dice se nota enseguida que procede de su propia experiencia religiosa. En numerosas ocasiones manifiesta sus sentimientos en forma de oración. Como muestra de lo que digo tal vez sea mejor reproducir y comentar uno de sus más característicos poemas religiosos, en el que, dentro del intimismo que caracteriza a todo poeta lírico, da a conocer el ideal de su vida, inspirado en su fe profunda y con un leve toque de influencia horaciana.

Se titula *Oratio ad Deum*. Fue compuesto probablemente al final de su vida, cuando ya era metropolitano de Toledo y cuando tomó la resolución de dar a conocer su colección poética. Son las dos piezas fundamentales que dan sentido a su poemario y ocupan los puestos primero (éste sin número) y segundo (con el

número I). En el *Prefacio* se dirige a sus futuros lectores, hombres, al fin y al cabo, que él, como hemos dicho, divide en dos grupos: los críticos envidiosos y los amigos leales. Pero la «*Oraatio ad Deum*» va en dirección vertical hacia Dios, el que escruta el interior de los corazones. En esta tesitura el autor no puede hacer otra cosa que adoptar una postura de humilde sinceridad.

La reproducimos completa. Dice así⁴⁰:

*Oh Rey Dios, en quien reposa la máquina inmensa del mundo
Lo que yo Eugenio el miserable te pido, complétalo con tu clemencia.
Tenga yo una fe recta, contraria a las falsas sectas.
Sea mi ocupación principal la corrección de las costumbres.
Sea yo amable, veraz, humilde, prudente según los tiempos,
Guardador del secreto y cauto en la palabra que sale de mi lengua.
Dame un compañero fiel, dame un amigo siempre fijo.
Dame un servidor comprensivo, sobrio, parco y casto.
Que no me torture la pobreza ni me oprima la enfermedad.
Que me acompañe una salud limpia y un alimento suficiente.
Lejos de mí las riquezas, el fasto, las riñas litigiosas,
La envidia, el lujo y la torpe preocupación del vientre.
Que no lesione yo a nadie con una injusticia ni sea lesionado por ella.
Que pueda querer bien, para que rechace el abuso de poder.
Nada torpe desee, ni haga, ni salga de mis labios.
Mi mente te anhele, mi lengua te cante, mis actos te proclamen.
Dame, Padre celeste, una lluvia undosa en mis lloros,
Para que pueda disolver la mole de mis culpas con mis lágrimas.
Dame, suplico, tu auxilio, con el que pueda vencer al mundo
Y recorrer el estadio de la vida con un paso sereno.
Y cuando el último día descubra la urna de la muerte
Da tu perdón a quien su culpa le disputa la corona.*

En este poema-oración encontramos las peticiones básicas que Eugenio solicita para su vida espiritual y para su vida temporal. En él aparece también una especie de programa para el estilo de su vivir en el mundo que manifiesta el ideal de su vida religiosa. Las peticiones nacidas de su ser más profundo proceden de sus muchas lecturas, de sus continuas reflexiones y de sus contactos habituales con Dios. Aquí encontramos al Eugenio más genuino que se revela

⁴⁰ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 1, pp. 205-207.

tal como es. Su aspiración en la vida material es la *aurea mediocritas*, la dorada mediocridad horaciana, el *ne quid nimis*, que en forma ninguna es aplicable a la vida del espíritu, porque en este punto Eugenio busca, eso sí, humildemente, la perfección.

Es muy revelador también el contenido de su poema titulado *Commonitio mortalitatis humanae* (*Amonestación de la mortalidad humana*), que comienza: *O mortalis homo*. Dirigido en forma exhortatoria al hombre mortal, sus hexámetros resultan perfectos de ritmo y construcción, que la versión castellana no puede recoger. Los cuatro finales son también de una sonoridad insuperable⁴¹:

*Aunque brilles envidiado entre esplendores de oros y gemas
Pobre y pequeño irás, y desnudo, a las sombras.
Contigo solo estará después de la muerte funesta
Lo bueno, lo recto, lo justo que hiciste tú mismo.*

Un contrapunto de ironía.

Las citas de los poemas que acabamos de reproducir y comentar no son suficientes para percibir de forma completa la rica personalidad de Eugenio de Toledo. Como gran intelectual que era, también poseía el don de captar las situaciones ridículas de la vida. No muchas veces echó mano de este recurso literario, pero en varias composiciones poéticas dejó una muestra de su exquisita ironía. Eugenio, dicho sea con perdón y respeto, era también un tipo divertido y un humorista de primera. Aportaré algunos ejemplos. Los días y las noches del duro estío toledano le abrumaban con su aplastante bochorno y no le dejaban trabajar de día ni dormir de noche. Resultado: puesto que nada se puede hacer, hay que tomarlo con humor. Le viene la vena poética y compone la siguiente pieza literaria, que llamó «*Versus de aestate*» (*Versos del verano*), compuestos en metro sáfico. Son el último poema que figura en su antología y con él se cierra el libro⁴². Doy también el texto latino:

⁴¹ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 2, pp. 207-208.

⁴² *Evgenii Toletani Opera*, núm. 101, pp. 277-278.

«Dura quae gignit et amara cunctis
 Tempus aestivum resonare cogor,
 Sapphico tristi modulante versu
 Omnia passus.
 Nunc polus Phoebi nimio calore
 Aestifer flagrat, fluviosque siccat,
 Intonat tristis, iaculansque vibrat
 Fulmina dira.
 Ingruit imber inimicus uvis
 Flore nam saevit spoliare vites:
 Spem quoque frugum populat nivosis
 Grando capillis.
 Nunc sitis ora lacerat anhela,
 Febre tabescunt moribunda membra,
 Corpora sudor madidus acora
 Foetidat unda.
 Bufo nunc turget, et amica silvis
 Vipera laedit, gelidusque serpens
 Scorpius ictu cruciat, paratque
 Stellio pestem.
 Musca nunc saevit, piceaque blatta
 Et culex mordax olidusque cimex,
 Suetus et nocte vigilare pulex
 Corpora pungit.
 Tollat tot monstra, Deus, imprecanti.
 Pelle languorem, tribue quietem
 Ut queam gratas placido sopore
 Carpere noctes».

*He de protestar en triste verso sáfico
 Contra el tiempo estivo que trae a todos
 Molestias y fastidios sin cuento
 Y yo los he sufrido.
 Ahora el globo tórrido de Febo,
 Arde con su extremado bochorno y seca los ríos,
 Atemoriza con los truenos y lanza las flechas
 De peligrosos relámpagos.
 Descarga el aguacero enemigo de las uvas
 Y despoja a las vides de sus flores.
 El granizo con sus guijarros de nieve
 Destruye la esperanza de los frutos.
 La sed desgarrar las bocas anhelantes,
 Los miembros moribundos se entumescen con la fiebre.
 Un sudor empapado con su líquido amargo
 Apesta a los cuerpos.
 Se hincha el sapo, acechan la víbora*

*amiga de las selvas y la helada serpiente.
 El escorpión yugula de un golpe
 Y la salamandra engendra la peste.
 Ahora zumba la mosca y el pegajoso gusano,
 El mosquito punzante, la maloliente chinche
 Y la pulga que vigila en la noche
 Acribillan los cuerpos.
 Oh Dios, aparta de mí, te lo ruego, tantos monstruos,
 Aleja de mí las dolencias, dame el descanso,
 Para que pueda transcurrir las noches
 Con un plácido sueño.*

Seguramente a muchos lectores les vienen a la mente los desgarrados versos de Dámaso Alonso en *Hijos de la Ira* (1944), especialmente aquel poema que se titula *Monstruos* y dice así⁴³:

*Todos los días rezo esta oración
 Al levantarme:
 Oh Dios
 No me atormentes más
 Dime qué significan
 Estos espantos que me rodean.
 Cercado estoy de monstruos
 ...
 Son monstruos, estoy cercado de monstruos
 No me devoran
 Devoran mi reposo anhelado
 Me hacen ser una angustia que se desarrolla a sí misma.
 Me hacen hombre
 Monstruo entre monstruos.*

No sé si Dámaso Alonso supo alguna vez que había tenido un antecesor en un obispo de Toledo que, aparte de ser santo, era también hombre y, para colmo, poeta, que experimentaba unos sentimientos parecidos en las noches de los calurosos estíos toledanos. Los dos se dirigen a Dios implorando el remedio de sus males. El poeta madrileño se expresa con desgarramiento y hasta casi con desesperación, pero no hay en su obra ese soplo de suave ironía que fluye de los versos del inspirado obispo-poeta visigodo.

⁴³ Dámaso Alonso, *Antología Poética*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, pp. 96-97.

Voy a poner algún ejemplo más sobre el fino humor de Eugenio, para comprobar que su temperamento jocoso le acompañaba de un modo habitual. Este es el tenor de una carta que escribió a un amigo entrañable, si es que la composición poética no pasó de ser un simple ejercicio literario. Primero en latín⁴⁴:

«Saepe tuam placide cupio quia nosse salutem
Idcirco nostram percipe laetus “Ave”.
Ac ne longinquo grandescat epistola tractu
Quod possum breviter, dulcis amice, “Vale”».

Que traduzco con un poco de libertad:

*Ya que muchas veces deseo conocer tu estado de salud,
Recibe alegremente nuestro “¡Hola!”.
Pero para que esta carta no se alargue demasiado
Lo más brevemente que puedo, te digo, mi dulce amigo, “¡Adiós!”.*

Un dístico⁴⁵:

«Si barbae faciunt sanctum, nil sancius hirco»=*Si las barbas hacen al santo, el mayor santo es un chivo.*

Finalmente⁴⁶: «Sat melior vivens catula quam functa leaena»=*Mucho mejor una perrita viva que una leona muerta.*

Esta vertiente de indisimulada socarronería forma parte importante del retrato del obispo toledano y se compagina perfectamente con los otros rasgos que intentamos resaltar de su personalidad.

Trascribimos unos versos del célebre poema funerario en que el monarca Chindasvinto, cuya conducta repugnaba a Eugenio II, habla en primera persona⁴⁷:

«Chindasvintus ego noxarum semper amicus
Patrator scelerum Chindasvintus ego
Impius, obscenus, probrosus, turpis, iniquus
Optima nulla volens, pessima cuncta valens».

⁴⁴ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 98, p. 276.

⁴⁵ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 89, p. 272.

⁴⁶ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 89, p. 272.

⁴⁷ *Evgenii Toletani Opera*, p. 242.

Traduzco:

*Yo, Chindasvinto, siempre amigo de todo lo malo,
Yo, Chindasvinto, cometedor de crímenes,
Impío, obsceno, perverso, torpe, inicuo,
Reñido con todo lo mejor, adicto a todo lo peor.*

El último verso es un prodigio literario que solo se percibe en su latín original, donde se contraponen: «optima-pessima», «nulla-cuncta», «volens-valens».

Otro rasgo de su perfil espiritual se puede hallar en la prosa del concilio IX de Toledo, concilio provincial celebrado en el año 655. El prefacio, con toda seguridad compuesto por el metropolitano, pone en boca de los obispos reunidos bajo su presidencia el siguiente párrafo⁴⁸:

«...decretamos de común acuerdo lo siguiente: como es imposible que juzgue recatadamente a los súbditos el que primero no se castiga a sí mismo con la severidad de la justicia, nos ha parecido adecuado y conveniente poner límites a nuestros propios abusos y después pasar a corregir los errores de los súbditos».

La pauta de conducta contenida en esta declaración no solo afectaba a los objetivos del concilio, sino también a la metodología con que se iban a afrontar los problemas tratados. Creo que no existe otro concilio en la historia de la Iglesia en que al comienzo de las sesiones los padres conciliares acuerden legislar primero contra sí mismos, contra los abusos de los propios legisladores y después enfrentarse con las desviaciones del clero y del pueblo.

Sus epitafios.

Es más que probable que la sepultura de Eugenio estuvo cubierta con una losa en la que figuró un epitafio. La gente importante se hacía componer ya en vida una inscripción por parte de algún inspirado poeta para que señalara el lugar exacto donde yacían sus cenizas. Como señalamos al comienzo, los epitafios se-

⁴⁸ Traducción castellana en Vives, *Concilios visigóticos*, p. 297.

pulcrales llegaron a formar todo un género poético, cuyos autores los incluían entre sus propias obras literarias. Este fue el caso de Eugenio II y también el de san Ildefonso, aunque los epitafios de este último no se han conservado. Los epitafios, por lo general, exaltaban las virtudes de los difuntos, ponían de relieve sus pecados y encomendaban las almas de los difuntos a las oraciones de quienes los leyeran. Este esquema se observaba en general cuando el epitafio era una obra de encargo o bien el poeta lo obsequiaba como regalo a una persona de su intimidad personal.

Las cosas podían suceder de manera diferente cuando el poeta componía su propio epitafio. Dijimos anteriormente que Eugenio II había compuesto cuatro epitafios para sí mismo y antes de fallecer los incluyó en la revisión de su obra completa, tal como quiso que fuese conocida por la posteridad. Es sumamente probable que alguno de ellos haya sido cincelado en la lápida de su sepultura. No sabemos por cuál de ellos se decidió. Se mandó enterrar en el interior de la basílica de santa Leocadia, pero esta zona sagrada nunca ha sido objeto de excavaciones arqueológicas -sí lo han sido los alrededores- y hasta ahora nada ha salido a la luz que pueda ser relacionado con él. En un momento dado, ya bajo el régimen islámico, sus restos fueron exhumados por un grupo de mozárabes toledanos que se exiliaron de su patria y los llevaron consigo a tierras extrañas. Se ignora cómo se llevó a cabo la operación de la apertura y qué suerte pudo correr la lápida con su inscripción.

El primero de los cuatro epitafios propios, el más enrevesado desde el punto de vista de la creación poética, lleva los dos acrósticos en posición inicial y al final de cada verso y abunda en sentimientos de temor a las penas eternas, al tribunal del juicio divino, al arrepentimiento de la culpa. Termina interpelando al lector sobre su deseo de saber quién es el que está enterrado y éste le responde que lea las letras iniciales y finales de cada verso. Da la impresión de ser un ejercicio literario⁴⁹.

⁴⁹ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 16, p. 233.

En el segundo el autor utiliza el metro sáfico y desborda en sentimientos de culpa, en el error de haber pasado la vida en la tibieza, en la falta de apasionamiento por la profesión monástica llevada más bajo las apariencias que con el corazón. Termina también dirigiéndose al lector y solicitando una oración⁵⁰.

Los dos epitafios finales me parecen los mejores. No hay ninguna expresión de temor, sino de esperanza en la resurrección. Se olvida del lector y, para ser identificado, pone su propio nombre sin mencionar su condición episcopal. Doy la versión de ambos, que son breves, confiando en que alguno de los dos haya coincidido con el elegido por él mismo para su tumba.

He aquí la versión del tercero⁵¹:

*Tú que de la nada me formaste, oh alto Señor,
Acoge, tú piadoso, en este túmulo mis restos mortales.
Polvo soy y al polvo vuelvo y así concluyó mi vida,
Pero tú puedes restaurar el polvo corrompido.
Oh Cristo poderoso, cumplido ya mi destino,
Sea Eugenio ascendido a los cielos alegre a tu derecha.*

El cuarto epitafio es aún más breve⁵²:

*Tú, oh Dios, mi suprema esperanza de resurgir después de la muerte
Y de que no volveré a morir después de mi sepultura,
Ya que como mortal nunca viví sin pecado,
Tú piadoso, ten misericordia del miserable Eugenio.*

Eugenio II falleció en el año 657. Fue enterrado en la basílica de santa Leocadia y a sus pies se enterraría después su sucesor san Ildefonso. La Iglesia lo venera como santo.

⁵⁰ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 17, p. 234.

⁵¹ *Evgenii Toletani Opera*, núm. 18, p. 235.

⁵² *Evgenii Toletani Opera*, núm. 19, p. 235.